

# HERALDO DE MURCIA

Año II.—Número 361

Murcia 26 de Mayo de 1899

Dos ediciones diarias

## MUERTE DE DON EMILIO CASTELAR

### Ante el cadáver

### CASTELAR

una bola para decir que el Ministerio es celoso por la dignidad de la Francia. ¡Jamás!

Pues bien. Castelar es Castelar siempre. Cuando habla, cuando escribe, cuando pasea, en la tertulia, en el teatro... Lo mismo si ofrece en admirable síntesis el significado y el influjo de un período cualquiera de la historia, que si pinta el cuadro de la política europea, hoy todo negro y todo sombras, que si abomina las exageraciones de Zola viendo en ellas la bandera de un desalentado nihilismo estético, que si explica con frase conmovedora y vibrante cómo su alma descansa mejor y mejor se recrea en la dulce y melancólica inspiración de Bellini que en las grandiosas obras de Wagner.

Castelar es un hombre laboriosísimo. Trabaja todos los días del año desde las seis hasta las doce de la mañana: impaciente; febril; con los puños de la camisa manchados de tinta, aunque no escriba; dictando á voces en el despacho más desordenado y revuelto que tuvo jamás publicista alguno. Lee libros y periódicos de todos los países; escribe artículos literarios y revistas políticas; lleva siempre en los labios un discurso elocuentísimo para cada uno de los amigos que le visitan y consultan; mantiene viva correspondencia con las figuras políticas más eminentes de Europa y América; se ofrece, en fin, á todos, amigos y adversarios, como una de las actividades más fecundas y gloriosas de nuestra época.

Los que no le conocen ni son capaces de comprenderle, dicen que Castelar escribe sus discursos. Bueno. Los escribe. ¿Y qué? ¿Dejará por eso de ser quien mejor los escribe? ¿Dejará por eso de ser quien los dice mejor? Los recitadores no logran jamás que el auditorio se conmueva donde ellos creyeron que se debía conmover. Castelar está siempre seguro de los efectos de sus oraciones. Timón no se admiraba de esos cohetes voladores que eclipsan las estrellas del cielo y se desvanecen en la oscuridad de la noche. Los discursos de Castelar tienen la eterna juventud de los dioses homéricos.

Yo recuerdo haberle oído exclamar, al mismo tiempo que ponía las acotaciones en las cuartillas de un discurso que acababa de pronunciar en el Congreso: «Dicen que escribo mis discursos. ¡Es verdad! Que los escriban también los que me censuran». Y tenía razón. Todos los oradores tienen, como él, minutos y tiempo. Castelar no hay más que uno.

Por otra parte, ¿qué importa que escriba las oraciones del Congreso si pasa todas las horas del día improvisando discursos que valen, por lo menos, tanto como aquellas oraciones? Interrogadle, y le veréis evocar el Oriente, inmóvil, según unos, por estar destinado á ser el eterno manantial de nuestros destinos progresivos; grande, según otros, porque empieza en la casta y acaba en la igualdad religiosa. Habladle de Grecia y veréis lo que os dice para probaros que los griegos tuvieron en alto grado la unidad intelectual que constituye la civilización de un pueblo, pero que carecieron de la unidad política que forma el Estado. Preguntadle qué vale y significa Roma, y os asombrará con lo que conteste para convenceros de que el Imperio romano representa en la historia una audacia sublime: la de constituir la unidad del género humano. Castelar es un prestidigitador asombroso de la Historia. Nadie como él baraja los siglos.

Miguel Moya.

### El último discurso

### CASTELAR

El último discurso del gran orador ha sido el que dirigió á la comisión que fué á entregarle el mensaje firmado por cien mil republicanos.

Dicho discurso, tiene por tal concepto, un gran valor histórico y carácter de triste actualidad.

Dice así:  
Señores y amigos: Once años ha me retiré de la política militante y parlamentaria; no por holgarne á mi edad con un ocio que me imposibilitan mi amor al trabajo y la necesidad imprescindible de practicarle á diario; por mi convicción del deber, en que me habia de mostrar como no entraba ningún móvil personal, ni aun de partido, en la restauración plena del programa democrático, y el deliberado intento de no aumentar con fracccion es diminutas y múltiples, parecidas á microbios, el caos, cada día mayor, donde se revuelca una democracia; la cual dispusiera de todo, si tuviese un claro concepto de la realidad viviente, y no dispone de nada por su empeño en continuar siendo una escuela idealista, no un partido gobernante, y sus propensiones fatales á la division interior y al fracccionamiento atomístico, cuyos efectos y resultados hacen que, teniendo por suya la sociedad, no tenga por suyo el Estado. La seguridad sentida por mí entonces de no haber ya reacción alguna y de que no podían intentar cosa los más enemigos de nuestros derechos contra el triunfo y aplicación de estos derechos, me apartó de la tribuna, como una resolución incontrastable me aparta del gobierno mientras no revista la forma de mi preferencia; y abdiqué mi oficina de tribuna con mi carácter de político, redactándome á publicista que debia tratar los problemas diarios, según su real saber y entender, sin las restricciones provenientes de la dirección de una entidad política importante y sin los visos de interés prestados al mayor desinterés por las formularias consignas de los partidos y sus tenaces aspiraciones al triunfo y al gobierno.

Pero mentiría si dijera sentir hoy la seguridad sentida entonces de que no volvería jamás á la reacción. Primeramente se ha descubierto una manifiesta intención de sobreponer, dentro de esta sociedad libre, á todo el misterio, y hemos visto la improvisación en estufas palaciegas de gobernantes con aires de dictadores, recalcados en su ministerio como en un palacio encantado, y desde allí, difundiendo su autoridad á los demás ministerios, para que abran las puertas del poder á los íntegros, quienes no desobedecerán, sino después de rendir y entregar el sistema parlamentario, que tanto nos costara en este siglo, á las reaccionarias facciones llamadas íntegras quienes han trocado las armas de combate por las armas del dolo, esperan adas de ganar con un absolutismo disfrazado en las misiones religiosas, el franco y claro que han perdido por los desengaños carlistas en las selvas y en los campos. Seguramente la enseñanza católica, en estas circunstancias, y bajo sus actuales directores, á un retroceso teocrático tanto más temible cuanto que toma el antifaz de la libertad, y por un modo jesuitico pretende presentar satisfacciones á las ideas más radicales, al suprimir la enseñanza oficial ó rodearla de competencias artificiosas insuperables que la entregan directamente al clero, aupado hasta las antiguas cátedras y director de la instrucción por innumerables y artificiosos privilegios. A la cabeza de nuestra enseñanza yo solo veo al monasterio de Loyola, escuela madre de todas las escuelas reaccionarias, aunque sean dirigidas por agustinos como la Universidad del Escorial, ó por dominicos como el Instituto de Vergara, ó por jesuitas como la Universidad de Deust, ó por diversos reaccionarios de todos colores y procedencias, como la célebre Universidad de Oñate. Una reflexión, cuyo recuerdo no huelga, sin embargo de huir yo al análisis en este sumario y rápido trabajo, recuerdo que omitiría si no viniese tan á cuento. ¿A cuál sociedad lea y

científica se le hubiera dado un edificio tan de todos los españoles, como el Escorial, medio amortizado en manos de eclesiásticos, y consagrado á una enseñanza, hoy subvertida contra la libertad y sistemáticamente calumniadora á todos los liberales, causa primera y aun ocasional en gran parte de nuestros desastres filipinos y germen aquí dentro de retroceso á la barbarie? Y no quiero hablar de la reacción doctrinaria que amenaza nuestros derechos individuales, de la reacción regionalista que amenaza nuestro territorio patrio, de la reacción jurídica que amenaza nuestra unidad nacional.

¿No se parecen muchos estos tiempos á los tiempos que precedieron al movimiento de Setiembre? Y pareciéndose, ¿no están llamados todos los patriotas á conjurar la catástrofe y conseguir se haga cuanto hay que hacer por el método sereno y legal de la evolución graduada, que fortalecen las leyes y el orden, no por el método de las revoluciones cruentas que traen aparejados el incendio, el degüello, el exterminio? Pues no entraremos en la evolución dialéctica y normal hacia un gobierno de cada ciudadano por sí mismo y de todos los ciudadanos por la nación soberana, sino después que una política bien prevenida, bien meditada, bien puesta en fórmulas útiles tangibles sustituya y reemplace cuanto el espíritu público ha destruido y devorado ya, y lo constituya y lo reemplace con todo aquello que manifiesta que no se produce, continuando la obra del progreso, quien puede por algunos momentos eclipsarse, más no puede para siempre perderse. Nada tan objetivo como la política. Quien le antepone la propia subjetividad será un filósofo, no un estadista. Nada se consigue para todos con el esfuerzo y el pensamiento de uno solo. Como tenéis que apropiat vuestras siembras al medio ambiente, si deseáis cosecha, tenéis que apropiat vuestras ideas al estado físico, intelectual, moral, de los pueblos, si deseáis en instituciones convertirlas. Nosotros somos liberales, demócratas, republicanos; pero la sociedad no está entera con nosotros solos, está con todos; y dotada de sumo espíritu conservador con una resistencia, para gobernarla tenemos necesidad de vencerla, si no en su totalidad, en su mayor parte, y después de persuadirla con tenacidad al bien.

Nosotros, aunque nos decimos y somos republicanos, también somos y nos decimos elemento conservador social. Acostumbrados á radicalismos de palabra y de doctrina en los tiempos reaccionarios, durante la pelea heroica, no nos hemos enterado de que hemos vencido, llamando con abusos llamamientos, generadores de frustradas esperanzas, los que no quieren satisfacerse con la redención moral y política por vuestras doctrinas, á los grandes, y exigen súbita redención material, cuyos beneficios no podemos prometerles, y menos acordarles, dentro de nuestras ideas históricas y de nuestro apego á la presente organización social. Así, volviéndonos á nuestra derecha, debemos decirle que no subsistirán los poderes extraños á la sociedad si repugnan unirse y legitimarse con el óleo de la soberanía nacional; y á nuestra izquierda que no sueñe con fórmulas redentoras por ningún pensador inventadas, y que no caiga con los más reaccionarios de la monarquía en proponer dentro de la República una trucidación de nuestro estado único, predecesora de igual trucidación de nuestra España una. A nuestra derecha que no evoque las clases, las jerarquías, los gremios antiguos, en resurrecciones ficticias, pues las especies desaparecidas según la ciencia, no reaparecen jamás en el planeta; y á nuestra izquierda que no proponga la supremacía de abajo por ser la democracia, la libertad, la República, el concierto y armonía de todos. A nuestra derecha, que no suprimirá el presupuesto universitario; y á nuestra izquierda, que no suprimirá el presupuesto eclesiástico. A nuestra derecha, que en medio de la libertad científica existirá una escuela oficial; como á nuestra izquierda, que en medio de la libertad religiosa existirá una oficial Iglesia. A nuestra derecha, que se impone restablecer el servicio militar obligatorio, estable-

Ante el cadáver de Castelar desaparecen los odios políticos y solo queda el sentimiento de dolor por la pérdida de un español ilustre, gloria de su patria y de su siglo.

A Castelar vivo podría disculparse y aun combatirsele: á Castelar muerto se le llora.

Se le llora y se le admira: no solo sus grandes talentos, su maravillosa palabra, su patriotismo sublime: se admira también las virtudes, la laboriosidad y la honradez de este gran ciudadano.

Castelar ha muerto pobre, trabajando para vivir hasta sus últimos momentos: pocas horas antes de exhalar el postrer suspiro, quería abandonar el lecho para dar cima á sus compromisos editoriales.

Este hombre que había ocupado los primeros puestos en el gobierno de su nación: que había sido jefe del Estado: este hombre que era el rey de la elocuencia y á quien admiraban Europa y América, tenía necesidad de trabajar para vivir.

Así viejo, enfermo, en los umbrales del sepulcro, se le ve aun horas y horas dedicado á su penosa labor: él, que había sido el ídolo del pueblo, trabajaba como el más modesto obrero y como éste luchaba por la existencia, escribiendo artículos como el que deja á punto de terminar, por los que cobraba cincuenta pesetas!

Este es el mejor elogio que de Castelar puede hacerse: la más elocuente prueba de su honradez.

Aquí donde tantos políticos mediocres han improvisado fortunas y vivido en la opulencia, un hombre de la talla de Castelar trabaja para comer á los sesenta y siete años, con la salud perdida y la existencia amenazada de continuo por las asechanzas de una mortal enfermedad.

Naturaleza de artista, Castelar experimentaba inefable deleite ante los bellos espectáculos que la Naturaleza nos ofrece y que ha descrito como nadie con la mágica elocuencia de su palabra y de su pluma.

En los breves días que ha durado su residencia en San Pedro del Pinatar, gozaba con la contemplación del mar, experimentando una alegría infantil que traducía en brillantes é inspiradas imágenes en su conversación siempre abundante.

El balcón de su habitación se hallaba situado frente al mar, y el gran artista deseaba que la luna se hallase en su pleno para admirar el efecto producido por el astro de la noche sobre las aguas rielantes del Mediterráneo, espejo en que aquella se contempla.

Castelar ha muerto sin ver realizado ese deseo, delicada y poética aspiración de su alma eternamente joven y eternamente soñadora.

Patriota vehemente y apasionado, á la patria sacrificó un día aquella inmensa popularidad, adquirida en el largo y glorioso apostolado de sus ideas republicanas: y por amor á esa misma patria, cuya integridad y cuyas libertades creía en peligro, se disponía nuevamente á la lucha cuando la muerte le ha sorprendido.

Su republicanismo habrá podido discutirse en estos últimos años: su patriotismo nadie ha podido ponerlo en duda.

Castelar, que vive hace muchos años en la inmortalidad, es de todos nuestros grandes oradores el único que no ha tenido miedo á dictar su epitafio. En el mismo discurso en que anunció que pensaba retirarse á escribir la historia de España y en un párrafo que recordaba por su grandilocuencia aquel inimitable y portentoso en que comparaba el Dios del Sinaí con el Dios del Calvario; la religión del poder y la religión del amor; la justicia implacable y la misericordia; decía señalando en un porvenir cercano el triunfo definitivo de la democracia por la paz:

«Y entonces, acabadas las envidias y los rencores, la nueva generación me dará un sepulcro honrado y bendecido, y me pondrá en él de manera que pueda besar con mis labios frios la tierra nacional y pueda pedirle su grandeza para mi pequeñez, y para mi muerte el calor de su gloriosa inmortalidad.»

Así habla siempre Castelar. Llenándolo todo con su asombrosa imaginación, con su ingenio poderosísimo, con su alma de artista que busca siempre la eterna revelación de la hermosura: con la magia de su palabra, que ha robado á la música su ritmo, á la pintura sus matices y su brillo al sol.

La elocuencia se llama Castelar. Cantor de la Naturaleza, cuya transformación incessante le habla de la inmortalidad; cantor del arte, porque en él empieza la religión luminosa de la libertad; cantor de las grandezas de la patria, porque cree que para pensar necesitamos de su lengua, y para rezar y para exclamar en lo infinito necesitamos de sus poesías y de sus plegarias; cantor de la libertad y de la democracia, Castelar, como orador no solo pertenece á España, pertenece al mundo. No se le juzga, se le admira; y al oírle sentimos dentro de nosotros algo del divino espíritu que anima sus palabras, lloramos lo que él llora, amamos lo que él ama, aborrecemos lo que él aborrece, y lo aplaudimos con delirio, orgullosos de que habla la hermosa lengua de Cervantes.

Ni en la Dióspolis Magna, llena de palacios y templos y obeliscos y sicomoros, que tenía por espejo las aguas del Nilo; ni en la Grecia de los sombríos bosques de los dioses olímpicos, del Parnaso y del taller de Eneas; ni en la Roma gentilicia del Foro, del Capitolio y del Senado; ni en el Parlamento inglés, cuando Chatam le dominaba con sus discursos; ni en la Revolución francesa, y eso que el decir de Lamartine, nunca tal vez en este mundo, desde la encarnación de la idea cristiana, produjo país alguno, en tan corto espacio de tiempo, semejante erupción de ideas, de hombres, de naturalezas, de caracteres, de genios, de catástrofes, de crímenes y de virtudes, recibió adorno ó merced la elocuencia, que el señor Castelar no posea. Por algo se puede decir, sin que nadie lo niegue, que es D. Emilio el primer orador del mundo.

A O'Connell no hay que retratarle en el Parlamento, donde su genio empalidece, sino á la cabeza de los irlandeses que se arrodillan ante él como ante un Dios, grave, magnífico, iluminado de elocuencia, fascinando á todos con el brillo de su palabra, pidiendo la inspiración al cielo y dictando á su pueblo: «Es preciso que seas libre.» Danton es Danton gritando: «¡Audacia, audacia y siempre audacia!» Y Berryer nunca es más grande que cuando con la mano extendida sobre la tribuna exclama: «Que se seque esta mano antes que yo ponga en la urna

una bola para decir que el Ministerio es celoso por la dignidad de la Francia. ¡Jamás!

Pues bien. Castelar es Castelar siempre. Cuando habla, cuando escribe, cuando pasea, en la tertulia, en el teatro... Lo mismo si ofrece en admirable síntesis el significado y el influjo de un período cualquiera de la historia, que si pinta el cuadro de la política europea, hoy todo negro y todo sombras, que si abomina las exageraciones de Zola viendo en ellas la bandera de un desalentado nihilismo estético, que si explica con frase conmovedora y vibrante cómo su alma descansa mejor y mejor se recrea en la dulce y melancólica inspiración de Bellini que en las grandiosas obras de Wagner.

Castelar es un hombre laboriosísimo. Trabaja todos los días del año desde las seis hasta las doce de la mañana: impaciente; febril; con los puños de la camisa manchados de tinta, aunque no escriba; dictando á voces en el despacho más desordenado y revuelto que tuvo jamás publicista alguno. Lee libros y periódicos de todos los países; escribe artículos literarios y revistas políticas; lleva siempre en los labios un discurso elocuentísimo para cada uno de los amigos que le visitan y consultan; mantiene viva correspondencia con las figuras políticas más eminentes de Europa y América; se ofrece, en fin, á todos, amigos y adversarios, como una de las actividades más fecundas y gloriosas de nuestra época.